

86. 3

H.

PQ.6398

H/3

P6

FERNANDO DE HERRERA



I

Del lugar de nacimiento de Herrera (1) no hay más testimonio que la escueta afirmación de Pacheco de haber visto la luz en Sevilla (2). Por él podemos también afirmar, si su cómputo sobre la edad y muerte de Herrera es exacto, que nació el año 1534 (3). Sus estudios en el colegio de maese Rodrigo de Santaella son mera conjetura. Es, en cambio, de absoluta certeza que disfrutó un beneficio en la parroquia de San Andrés, por lo menos desde el año

(1) Los principales datos se basan en el magistral estudio de Adolfo Coster, *Fernando de Herrera (el Divino)*, París, 1908.

(2) "Tuvo por patria esta noble Ciudad [Sevilla]." *Libro de descripción de verdaderos Retratos de Ilustres y Memorables varones, por Francisco Pacheco. En Sevilla, 1599. Elogio de Herrera.*

(3) "Al cual... llevó el Señor á mejor vida en esta Ciudad, á los 63 años de su edad, el de 1597", *ib.*

1565 (1), con cuyo beneficio, del que no llegó á pasar á "orden sacro", "se sustentó toda la vida, sin apeteer mayor renta". Daba con ello prueba, no sólo de su falta de ambición (2), sino de su carácter áspero y retraído, de una indómita arrogancia, que no se sometía á humillaciones ni lisonjas (3).

(1) La afirmación de Pacheco de que "Fué de ábito Eclesiástico, i Beneficiado de la Iglesia parroquial de San Andrés" tiene ya confirmación plena, gracias á la diligencia de don Francisco Rodríguez Marín, que ha hallado en el Archivo municipal de Sevilla la solicitud firmada por Fernando de Herrera, Beneficiado de San Andrés, para el reembolso del impuesto de blanca (*Luis Barahona de Soto*, pág. 499), así como la certificación, fechada en 14 de Noviembre de 1575, de haberse librado á su favor en fin del 1574 la cantidad de 3.590 maravedís como reembolso del impuesto de carne por los nueve últimos años, es decir, desde el 1565.

(2) Su desinterés con sus poderosos amigos fué singularísimo: "Amolos tan fiel i desinteresadamente, que a los más ricos i poderosos no sólo no les pidió, pero ni recibió nada dellos, aunque le ofrecieron cosas de mucho precio; antes por esta causa se retirava de comunicarlos." Pacheco, *op. cit.*, Elogio de Herrera.

(3) Vivamente retratan cuantos escriben de él, lo desabrido de su genio: "Enemigo de lisonjas, ni las admitió, ni las dixo á nadie (que le causó opinión de áspero i mal acondicionado)." Pacheco, *op. cit.*, Elogio de Herrera. "Cierta hombre leído y estudioso era bronco, arrogante y despejado, y poeta áspero y terrible; desvanecido de que

A falta de datos biográficos, ofrécnos la vida de Herrera un punto interesante: la esfumada historia de un drama sin lances, historia triste de unos amores sin ventura, que el poeta saboreó amargamente en la soledad de su conciencia y cantó en lacrimosas y bellas rimas (1).

Fué en el año 1559 cuando el noble prócer sevillano, amigo de las musas y de los poetas, don Alvaro de Portugal, segundo conde de Gelves, queriendo que conociese sus Estados su bella y discretísima esposa doña Leonor de Mi-

el vulgo le atribuía fuera de razón el título de *divino*, que, no por modestia, el dicho estimaba en poco, dixo á ciertos hombres que seguían su secta: "Si aun no es humano, ¿por qué le llamis *divino*?" Rufo, *Quinientas apotegmas*, Apot. 380. "Naturalmente era grave y severo... comunicaba con pocos, siempre retirado en su estudio, ó con algún amigo de quien él se fiaba, y con quien explicaba sus cuidados." Rodrigo Caro, *Claros varones en letras naturales desta ciudad de Sevilla*, pág. 132.

(1) El tema de sus amores, tan interesante y tan discutido, ha sido estudiado hábil y sagazmente por Rodríguez Marín en una amena conferencia, *Ateneo*, 1911, Julio-Diciembre. Si puede discutirse el valor de los testimonios sacados de sus poesías como datos autobiográficos, es innegable que, admitidos éstos, las conclusiones son sacadas con recto juicio y sin violencia.

lán, marchó de la corte á la culta ciudad del Betis. Durante el tiempo que allí residieron era el palacio de Gelves punto de reunión de los buenos ingenios hispalenses. Juan de Malara, el canónigo Francisco Pacheco, Baltasar de Alcázar, Argote de Molina, Juan de la Cueva y Mosquera de Figueroa. No faltaba Herrera, que, conocido por algunas hermosas poesías, preparaba su estro fácil y levantado para grandes empresas épicas: allí seguramente daría á conocer los esbozos y primicias de los poemas heroicos en que cantaba "aquel rayo de Júpiter sañudo | i los fieros Gigantes derribados", así como de aquella gran epopeya nacional que acariciaba en sus sueños de gloria. Sueños y empresas que quedaron olvidados "al bello aparecer deste lucero", esto es, á la vista de la "ecelsa Eliodora", quien dió al traste con los sublimes propósitos del poeta, desviando su inspiración hacia los temas del amor. No son aún acentos de amante apasionado las lindas estrofas de la canción "Esparze en estas flores", que entonces compuso en loor de la deslumbrante belleza de la Condesa; pero sí lo son de un interesado

y ardiente admirador. Su rubia y rizada cabellera y sus "ojuelos de color mesclado" quedaron profundamente grabados en la tenaz imaginación del poeta, provocando en el fondo de su espíritu místico y melancólico un verdadero culto.

Cuando algunos años después, el 1565 ó 1566, la Condesa y su esposo se establecieron definitivamente en Sevilla, el amor de Herrera se mostró explícito en sus versos. Alguna muestra de simpatía, lo expresivo, acaso, de sus ojos, "que prometen mil bienes sin dar uno", engañaron al sensible poeta, haciéndole concebir una vana esperanza, que bien pronto disipó la rígida rectitud moral de doña Leonor. Ruegos, suspiros, doloridas quejas, todo se estrelló ante la firmeza de su ya avisada conciencia. Y así siguió durante varios años Herrera; consagrado por entero á lamentar su desgraciada pasión, llorando los fieros desdenes de su amada y "su llaga mortal continuo abierta", ya bendiciendo el yugo que le esclavizaba, ya intentando refrenar su pasión y "armar de duro ielo" su abrasado pecho; unas veces rebelándose contra el tirano

Amor, ansiando alzarse varonilmente "del grave peso que su cuello oprime", para caer, al fin, rendido con sus duras y á la vez gustosas cadenas.

Pero he aquí que tantas lágrimas habían enternecido el corazón de su desdeñosa Luz: una resbaladiza compasión había inclinado sus oídos á las querellas del lastimero vate, y había preparado su pecho para concesiones, muy espirituales, pero muy peligrosas. Una tarde de otoño del 1575, estando á la sazón en el Guadalquivir una parte de la Armada vencedora de Lepanto, se ofreció á Herrera la ocasión de hablar sin testigos en los jardines de Gelves con doña Leonor. Ruborosa y turbada, "teñido el rostro de color de rosa, | d' onesto miedo i d' amor tierno llena", la Condesa confesó su afecto:

Si en sufrir más me vences, yo t' cedo  
en pura fê i afetos de terneza;  
vive d' oi más ya confiado i ledo.

El poeta tomó entonces sus manos, y aquel celebrado cabello, "crespo, sutil i bello | en su cerviz se puso", mientras los amantes lloraban unos momentos, agobiados por la tristeza infinita de un amor imposible.

Esta escena de conmovedora amargura fué siempre recordada como deleitoso triunfo por Herrera, que pudo entonces cantar:

Ya passó mi dolor, ya sé qu' es vida.

A la vez que doña Leonor, recriminándose duramente su ligereza, cambió bruscamente de conducta, cortando todo trato con el poeta que no fuese el de una cortés amistad. A tal punto llegó su cuidado, que evitó siempre el encontrarse con él á solas, cuyo contratiempo Herrera deploró con enojo:

i aora una enemiga compañía  
el passo al bien abierto me deshaze.

Estos nuevos desdenes no amenguaron el fervoroso amor que por su dama sentía, antes se mostró éste más excitado y vehemente. Unas veces el poeta le reprocha á doña Leonor que hubiese dado "aliento á la esperanza"; otras, pondera su horrible sufrimiento:

á todos pone espanto mi tormento,

siempre confesando que "es vana la porfía" con que intentaba vencer la resuelta y sublime entereza de su ingrata Estrella.

El año 1581 murió ésta: Herrera, después de

llorarla desoladamente, la contempla, libre ya de "la estrechez que su alma ofendía", cual lucero rutilante "en los giros de eterno movimiento", alegre y gloriosa en el cielo por premio de su heroico sacrificio y de sus santas obras. Adorándola en el santuario de la noche, le suplica que le dirija su luz, y que, al fin, "como vapor terrestre levantado", atraiga su opreso espíritu á la región inmortal.

Al año siguiente, muerta doña Leonor y don Alvaro, Herrera se decide á publicar un pequeño tomo con varias de sus poesías, y, buscando un lenitivo á su dolor, se consagra con más ahinco á otras obras literarias. Ya antes, en 1572, había publicado su *Relación de la guerra de Cipro*, y en 1580, las obras de Garcilaso (1), con anotaciones suyas; pero su actividad se redobla desde esta fecha, acometiendo la magna empresa de escribir una historia general

(1) *Obras de | Garcilaso de la Vega | con anotaciones de | Fernando de Herrera | al ilustrissimo y ecelen | tissimo Señor don Antonio de Guzmán | Marqués de Ayamonte, Governador del estado | de Milán i Capitán General de Italia. | Con licencia de los 55 del Consejo Real. | En Sevilla por Alonso de la Barrera. | Año de 1580.*

del mundo, "la cual mostró acabada i escrita en limpio á algunos amigos suyos el año 1590" (1), y cuyo manuscrito debió perderse á la muerte del autor; en 1592 publicó el *Tomás Moro*, y tenía preparado un tratado de arte poética y "corregidas de última mano i encuadernadas para darlas á la emprenta" (2) sus poesías, cuando le sorprendió la muerte el año 1597, á los sesenta y tres años de edad.

## II

El principal motivo de la inspiración poética de Herrera es el amor. Su concepto poético del amor se funda en la conocida doctrina de *El Cortesano*, que á su vez resume las teorías de los neo-platónicos y de la escuela de los trovadores (3). Sin embargo, y esto es lo inte-

(1) Pacheco, *Lib. de descr. de verd. retr.*, Elogio de Herrera.

(2) En la ed. de Pacheco de 1619. Prefacio del licenciado Enrique Duarte.

(3) Un estudio curioso concordando las teorías del amor de *El Cortesano* con el concepto práctico de las poesías de Herrera, y, más aún, con las doctrinas que éste ex-

resante, no todo lo que en el amor herreriano se halla es pura importación del libro italiano (1), sino que ofrece diversos matices de originalidad personal, y, sobre todo, un aspecto singularísimo de originalidad étnica, digámoslo pronto, de misticismo, que, como irresistible propensión de la raza, invade en proporciones apenas sospechadas nuestra literatura profana. Ya en prosa (2) había expresado aquello tan sabido de que la imagen del ser querido "enciende al enamorado en desseo de gozar la belleza amada, i al fin lo trasforma en ella", como más lindamente lo dijo luego en sus versos:

Con él mi alma, en el celeste fuego  
vuestro abrasada, viene i se trasforma  
en la belleza vuestra soberana.

pone en el *Comentario* de Garcilaso, puede verse en Coster, *op. cit.*, cap. XI.

(1) El mismo Herrera recaba su parte de originalidad: "No todos los pensamientos i consideraciones de amor, i de las demás cosas que toca la poesía cayeron en la mente del Petrarco i del Bembo, i de los antiguos, porque es tan derramado i abundante el argumento de amor, i tan acrecentado en sí mismo, que ningunos ingenios pueden abrazarlo todo, antes queda á los sucedientes ocasión para alcanzar lo que parece imposible aver ellos dexado." *Comentario de Garcilaso*, pág. 72.

(2) *Comentario de Garcilaso*, págs. 114-116.

No es más original en lo platónico y honesto del amor, cualidades de los viejos trovadores de los cancioneros y de todos los demás poetas petrarquistas; ni lo es tampoco en el sutil pensamiento de adorar á Dios por medio de su amada:

Que yo en essa belleza que contemplo,  
aunqu' a mi flaca vista ofende i cubre,  
la inmensa busco, i voi siguiendo al cielo,

ya que estas ideas eran vulgares en la filosofía del amor que entonces privaba. Igual pudiéramos decir de otros varios caracteres que se señalan en el amor poético de Herrera.

En sus poesías amorosas indudablemente la cualidad típica, á cuyo cargo ligera é injustamente la crítica pone soñados defectos, es la que cabalmente caracteriza á nuestros místicos, el quietismo, un singular recogimiento espiritual con el que el poeta, aislado del movimiento de la vida, está tan sólo atento á sus afectos; un apocamiento y abandono, por el cual, "al primer sonido del asalto, desampara la fuerza"; una dulce resignación y aquietamiento en el dolor, que considera connatural:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RAYES"  
1909 1925 MONTERREY, MEXICO

que, como al bien no esté enseñado i hecho,  
abraço ufano el grave dolor mío,

y en el que halla regocijo y deleite:

Porqu' alegre en el mal de mi cuidado,  
de la prisión huir no pienso mía,  
ni los lazos romper desta cadena;

y, en fin, una quietud de toda suerte de afectos, turbada por momentáneas rebeldías y vehemencias, pero que siempre se impone, haciéndole repetir al poeta los mismos extremos de su monótona pasión.

El gusto moderno, hecho al realismo de la poesía, á la variedad y á la inquietud, á las contorsiones violentas del pensamiento y á lo gráfico de la expresión, no puede saborear la belleza de un sentimiento repetido, que se le antoja uniformidad desesperante (1) y fastidioso martilleo; no puede recrearse en esta poesía adentrada y recogida, que requiere percepción fina y atención devota; no puede percibir esta música sonora, pero sin estridencias, ni admirar la sin par elegancia de estos esfumados cuadros trazados sin dureza ni tonos acres. La crítica

(1) Véase Bourciez, "Les sonnets de Fernando de Herrera", en *Annales de la Faculté des Lettres de Bordeaux*, ann. 1891, pág. 200.

actual, sobre todo la extraña, con excesivo rigor y desentendiéndose del medio, censura la monotonía y falta de relieve de las poesías amorosas de Herrera, del mismo modo que encuentra incoloros los delicadísimos versos, el ritmo silencioso de fray Luis de León; el arte admirable de dar una impresión justa y bella con el tenue velo de pensamientos vagos y palabras abstractas se tiene hoy por defecto, y el tono de pompa soberana, de grave y solemne lentitud, de la robusta versificación herreriana, es para muchos afectación, y para los extranjeros, que prescinden de que escribía en castellano y de que era un poeta sevillano de la segunda mitad del siglo XVI, inaguantable énfasis. ¡Con cuánta más razón Herrera censuraba á sus compatriotas, que, copiando servilmente la gracia y terneza de los poetas italianos, escribían sin "espíritu i vigor", sin "nervios i músculos", en fin, sin la fuerza y grandeza característica de nuestra poesía! (1).

Otro carácter de la poesía de Herrera, mejor dicho, de la poesía española de entonces, pues-

(1) Véase Bourciez, *op. cit.*, pág. 210.

to que es también una de las notas de la escuela de Salamanca, es el lirismo fundado en la intimidad y personificación de la naturaleza, la cual no sólo proporciona al poeta motivo de bellísimas comparaciones, sino que le sirve de confidente. Unas veces, el "eterno y sacro río", que "acoge en su sonante movimiento" sus apasionados suspiros, otras las colinas y pintorescos paisajes de las riberas del Guadalquivir escuchan los amorosos acentos del poeta, como testigos que en el retiro de su conciencia mitigan sus tristezas ó reciben sus alegrías. Y en este sentido, la concepción poética de la naturaleza, cual la tuvieron estos viejos vates, supera en delicadeza y sentimentalismo á la que siglos después mostraron los exaltados líricos de la escuela romántica.

Después del amor son en Herrera el sentimiento religioso y patriótico los motivos más fecundos de su inspiración. A ellos debe, si no muy abundantes, por desgracia, las más viriles y majestuosas de sus poesías.

En cuanto á las influencias literarias de sus versos, no hay que insistir, por demasiado cono-

cida, en la influencia petrarquista. Era Herrera espíritu demasiado libre y altivo para ser mero traductor de los poetas italianos, ni cuadraba con su temperamento el estro más arrebatado é inquieto de Petrarca, la poesía de éste, más variada y humana, sus amores, á veces agitados por ráfagas de sensualismo.

No diré que mayor influencia, pero sí más clara semejanza, se descubre con respecto á las poesías de Ausias March (1). Al lado de diferencias notables, nacidas de sus circunstancias —Ausias es un trovador tardío, amamantado en la poesía provenzal—, ofrecen estos poetas rasgos comunes de carácter, dignos de estudio,

(1) La idea escueta de esta influencia no es nueva, pues se encuentra ya en Morel-Fatio, *Fernando de Herrera, L'hymne sur Lépante*, París, 1893. Véase además *Ausias March et ses prédécesseurs*, de Amadeo Pagès, París, 1912, especialmente el cap. IX.

La edición que probablemente manejaría Herrera es la de Valladolid: *Las obras del poeta mo | sen Ausias March Corregidas de los errores que | tenían. Sale con ellas el vocabulario de los vo | cablos en ellas contenidos. Dirigidas al illus | trissimo señor Gonçalo Fernandez de Cor | doua Duque de Sesa y de Terra nova, Con | de de Cabra, Señor de la casa de Baena, &. | Con privilegio Real. | Impresso en Valladolid. Año de 1555.*

y coincidencias singulares en sus amores. Ausias, como luego Herrera, se aparta del vulgo y busca una poesía para los iniciados y selectos; su amor, más platónico que el de Petrarca, es, como el de Herrera, un amor quimérico, una pasión que á nada aspira, un dolor deleitable. Además, el mismo carácter abstracto y vago de sus poesías, el gran parecido en la técnica de sus comparaciones, y otros varios caracteres, hacen pensar que entre estos melancólicos poetas había, sobre una afinidad congénita de temperamento y de raza, una relación indudable de influencias.

### III

La edición que reproducimos es, para la canción de Lepanto, la de 1572; para las demás poesías, la de 1582 (1); solamente en las

(1) *Algunas obras | de Fernando | de | Herrera. | Al ilustriss. S. D. Fernando Enriquez de | Ribera Marqués de Tarifa. | Con licencia de su Magestad. | En Sevilla en casa de Andrea Pescioni. | Año de MDLXXXII.* Esta edición ha sido lindamente reproducida por Adolfo Coster, París, 1908.

que no alcanzaron á ésta utilizamos la de Pacheco (1). Esta última, no obstante la terminante declaración inserta en su portada de estar enmendada por el autor, no ofrece garantía alguna, y muchas al menos de sus correcciones no son de Herrera.

Perdidos á la muerte del poeta los manuscritos definitivos que éste tenía ya en limpio y encuadernados para mandarlos á la imprenta (2), hubo de servirse Pacheco para su edición de "cuadernos i borradores que escaparon d' el naufragio", algunos de los cuales seguramente contendrían correcciones del autor posteriores á la edición de 1582. Esta idea ha movido á varios editores á preferir el texto de 1619, que, por otra parte, contenía un mayor número de composiciones. Pero el examen que hacemos en las notas de la edición presente, examen acaso

(1) *Versos de | Fernando | de Herrera | emendados i divididos por él | en tres libros. | A don Gaspar de Guzmán | conde de Olivares, Gentilhombre de la Cámara del Prín | cipe nuestro Señor. Alcaide de los Alcázares Reales | de Sevilla y Comendador de Bivoras en la | Orden | de Sevilla y Comendador de Bivoras en la | Orden de Calatrava. | Año 1619. | Con privilegio. | Impresso en*

(2) Duarte, en el prefacio de la edición de 1619.

pesado, pero en el cual nos detenemos como punto principal para dejar bien resuelto este importante problema, probará que muchas de las variantes no son de Herrera, que los "cuadernos" los recogió Pacheco de cualquier parte y que, por tanto, perdido el crédito de aquella rotunda afirmación, y no siendo posible reconstituir en otros casos las enmiendas ajenas y las del verdadero autor, hay que apelar decididamente al texto primitivo, aunque con ello renunciemos á las mejoras que indudablemente en algunos versos—no sabemos en cuáles—había introducido la edición de 1619.

Las variantes de ésta se anotan al pie, pero no aquellas que son puras modificaciones ortográficas.

VICENTE GARCÍA DE DIEGO.

29

CANCIÓN EN ALA | BANÇA DE LA DIVINA  
MAGESTAD | POR LA VITORIA DEL  
SEÑOR | DON | JUAN \*

Cantemos al Señor, que en la llanura  
venció del mar al enemigo fiero.  
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,  
salud, y gloria nuestra.

---

\* Impresa por vez primera á continuación de *Relación | de la guerra de | Cípre y sucesso | de la batalla naval de | Lepanto. | Escrito por Fernan | do de Herrera, dirigido al ilustris | simo y ecelentissimo Señor | don Alonso Perez de Guz | mán el Bueno, duque | de Medina Sidonia | y Conde de | Niebla. | En Sevilla por Alonso Escrivano, impressor de libros, 1572, se reimprimió con algunas variantes en la edición de Pacheco de 1619.*

Para la anotación hemos utilizado la interesante edición de Morel-Fatio, *L'hymne sur Lépante*, París, Picar et fils, 1893.

1 Inspirado en el *Cantemus Domino* del *Exodo*, XV, 1.

2 En la edición de 1619 "venció d' el ancho mar al Trace fiero". Morel-Fatio, *ob. cit.*, hace notar la inconsecuencia de Herrera, que nombra aquí al trace por el turco,